

RAFAEL LANDIVAR

PRIMER POETA LIRICO DE AMERICA

DAVID VELA

Historiador — Profesor — Director
de El Imparcial de Guatemala

NOTA DE LA REVISTA:

Publicamos a continuación un ensayo de apreciación crítica e histórica de nuestro ilustre colaborador guatemalteco don David Vela sobre *LA RUSTICATIO MEXICANA*, el poema de la Colonia y una de las obras literarias de Centroamérica de verdadero valor universal. Por afán ilustrativo, además, insertamos los párrafos en que Landívar se refiere a Nicaragua, o más concretamente, a unos simios que existían en nuestro Gran Lago y de donde se ha originado una interesante leyenda.

CIUDAD CUNA

La ciudad tiene que oponer una recia contextura de piedra al asalto permanente de la vegetación que la sitúa en apretado cerco y avasalla los terrenos propicios con sus llamas verdes de clorofila. Los árboles acampan en el valle o descienden en tropeles desordenados por las laderas de las montañas, biareos que alzan los brazos al cielo y los agitan al impulso del viento, como en un ritmo de danza, en tanto que sus pies se hunden con posesiva afirmación en las entrañas frescas de la tierra.

Las calles, tiradas a cordel, pavimentadas con duros guijarros, se prolongan hacia las páginas del inmortal novelista José Milla, rebeldes a la tiranía del tiempo, y en esos inspirados relatos se conserva la tradi-

FRAGMENTOS DE LA RUSTICATIO

Los peligros que el ciervo y la liebre esquivan con su pie veloz los salva con taimados ardides y burlas el sagaz cercophiteco, gala del campo, dueño principal de la selva, mañoso de ingenio, perenne gloria de las fieras. Muchas veces envuelve su cuerpo de negra vestidura, cubriéndolo todo con pelaje desgredado; su vientre, piernas, brazos, ijares, acra, cabeza y manos, no carecen del pelo negreante.

Pero si es Nicaragua pródiga la que en don te ofrece el simio que nutre en una isla feracísima orlada por las aguas de un lago, con toda seguridad lleva éste el vientre, el pecho y la cara albeantes. Tendría una figura semejante a la del hombre, si su cola retorcida hacia abajo con una vuelta desproporcionada no le afeara el cuerpo. Se ha visto algunos alcanzar tal estatura, que a primera vista creerías contemplar un etíope de diez años. Está dotado de las poderosas fuerzas y vigor del hombre, suficiente para raptarse a las mujeres según lo acostumbra a menudo.

Rafael Landívar (Del Libro XIV de la *RUSTICATIO MEXICANA*. Traducción de Octaviano Valdés).

ción como un perfume que impregna de su persistencia las cosas, aún después de que la esencia se ha evaporado.

Arquitectura pesada, como si con ella hubiesen querido confirmar los españoles su ambiciosa posesión de la tierra nueva. Las casas se apiñan dócilmente en torno de los templos de torres labradas y altas cúpulas, desde donde impone la iglesia su hegemonía espiritual y sus privilegios económicos: las mañanas visten albas tocas y cerúleos mantos o impecable sobrepelliz; el sol del medio día arde con el mismo esplendor del oro de las custodias; la tarde se unge con sacras vestiduras episcopales; y la noche ronda con una larga y densa sotana de oscuridad. Predisponía a la elevación espiritual, al éxtasis místico, al culto de la superstición y el misterio, el sitio escogido para fundar la tercera ciu-

dad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, el valle de Pancán, que indica: "en lo amarillo", nombre indígena sugerido por la abundancia de las "flores de muerto", pequeñas, amarillas y de intenso olor, que porfiadamente crecen sobre los olvidados osarios y alimentan su macabra lozanía en el tuétano de los huesos de anónimos cadáveres. Además, el valle está señoreado por altos volcanes, altares ciclópeos en cuyos vértices corriera la sangre del sacrificio en los ritos secretos de dominadores ardiera la ofrenda cabalística del copal o la brujería.

Entre las frondas encendidas de flores selváticas, un hilo de agua rompía con ingenuidad cristalina el silencio nemoroso; rasgaba sedas un vuelo de pájaros, o despertaban recelo cautelosos arrastres de reptiles, el crujido de las hierbas chafadas por garras y pezuñas, el escándalo del ramaje tras la huida de un venado de esbelta silueta y músculos ágiles. Esa sensación de peligro, que emanara de la vida incógnita del bosque, apretaba más a la ciudad y solidarizaba en el miedo y la desconfianza a toda la población tras sus gruesas paredes de calicanto.

En torno de las iglesias, destacando las fachadas adustas de piedra labrada, repujadas en veces con finos encajes, abren los conventos los incontables ojos sin luz de sus ventanas; junto a la puerta, en los umbrales del mundo, el hermano tornero duerme la digestión de los últimos bizcochos empapados de chocolate, y en los amplios corredores del interior, bajo la severa línea de las arcadas colosales, hay un abejero de rezos y lecturas en latín, en que las palabras tienen el mismo roce mesurado de los luengos hábitos.

Sin contar a los indígenas, por esa época —1623—, la población tenía más o menos cinco mil habitantes, entre españoles y gente de color, distribuidos en gremios que de manera estricta reglamentaban los oficios. La ciudad era laboriosa y con el sol trabajaban maestros y operarios en diversos menesteres. Aún quedaban resquemores personales y hondas divisiones por dificultades que el visitador Ibarra no pudiera remediar en 1620, y que sumían en negras cavilaciones a don Antonio Peraza Ayala y Rojas, conde de la Gomera, desde 1611 Presidente de la Audiencia, Gobernador y Capitán General del Reino. La justicia no andaba muy bien. Los negros eran ya en gran número y su ánimo se sublevaba contra los abusos del esclavismo, la raza autóctona arrastraba con ostensible dolor sus cadenas y tras su aparente humildad ardía un rescoldo guerrero, alimentado por el amor a su tierra, la conciencia de su tradición, el culto secreto o disfrazado de sus antiguos dioses, bajo un barniz mimético de catolicismo, el recuerdo de su perdida autonomía y las odiosas prácticas y el cruel trato de sus amos. La vida intelectual era restringida, privilegio de unos cuantos: escolásticos perdidos en sutilizar con infecundos argumentos sobre cuestiones teológicas, dado el ascendiente del clero y el espíritu devoto de la sociedad colonial. La literatura era expresión de su tiempo, pedante y artificiosa, abundando el cultivo de los temas religiosos. En cuanto a la vida del campo, se manifestaba la escasez de brazos, y al recorrer el país embargaba el a-

ma una sensación de abandono y soledad, más notoria en medio de esa naturaleza pródiga y exuberante, que cerraba su vegetación tras los pasos del viajero, en los caminos improvisados por la osadía, en los dominios de un pueblo tímido y bondadoso, que doraba sus carnes desnudas al sol, y como Anteo, del contacto directo con la madre tierra recobraba fuerzas para sobrevivir a su derrota.

LLEGAN LOS LANDIVARES

Ese día, habían callado ya los ruidos de la ciudad; se cerraban las puertas de los talleres, pocas gentes ambulaban por las calles cruzándose de acera a acera familiares saludos: "Que Dios lo acompañe", "Y a usted lo tenga en su santa gracia". Al pasar frente a las puertas de los templos deslumbraba un parpadear de cirios y el reflejo áureo de los recamados altares; las notas solemnes del órgano rodaban hasta la calle multiplicadas por la resonancia de las cúpulas y los ecos sordos de las concavidades de las naves; un lego leía con voz monótona desde el púlpito o desgranaba en sus manos céricas las cuentas del rosario, con intermitencias que llenaba un oleaje de voces humildes, y se veía la masa anónima de fieles ofrecidos de rodillas sobre el frío de las baldosas, elevadas sus almas por la virtud del canto y la unción de la plegaria.

En las puertas de sólidas mansiones, la despedida se prolongaba en corros anudados por el comentario de los hechos cotidianos, hablando en tono confidencial la murmuración. Pasaba un clérigo de cara rozagante y bendito abdomen, o una monja de lento andar con la vista baja, como si buscara sus pies ocultos por su larga y gruesa veste, casi despegados de la tierra; surgía y se desvanecía fugazmente la visión de una mujer joven en una ventana, junto a las llamas exóticas de una mata de claveles; un perro vagabundo paraba su trote cansado para mirar con ojos pedigüenos.

De pronto, como una bandada de pájaros, se arremolinaron en torno de las torres o volaron sobre los techos de las casas los tañidos graves de las campanas tocando a oración. Toda la ciudad se santigua; se encienden las primeras luces invocando al espíritu santo; se cierran las puertas y los postigos; arden con luz indecisa las primeras lámparas frente a las imágenes de las hornacinas; cunde una amenaza vaga de silencio y sombra sobre la ciudad; es la hora en que despierta la superstición; las brujas y los duendes dejan sus guaridas infames; se animan dentro de sus lívidos sudarios los aparecidos; todas las cosas aguzan sus perfiles misteriosamente y tienen actitudes expectativas, es posible, hasta inminente, que ocurra algún suceso extraordinario.

Turbando esa gran calma precursora de la sombra, un coche rueda con estrépito por las calles resonantes; a su paso se abren y se cierran las ventanas con cautelosa curiosidad. Y esa noche se susurró en todos los salones, a la hora plácida de la tertulia; ha entrado a la capital del reino don Juan Carreño de Landívar, "letrado de gran opinión y muy agudo ingenio", dicen que es muy versado en derecho y profundo humanista,

veremos cómo actúa en la real audiencia; se elogia su corrección y elegancia para hablar el latín y el romance, indistintamente, así como la donosura de su estilo y su lenguaje retórico, aún cuando trate áridos temas; ha merecido la atención de eminentes eclesiásticos y es en general bien visto en la corte, aunque en la península era vecino de Cádiz, su ciudad de origen.

Era el primero que traía el apellido Landívar a Guatemala. Por ese mismo tiempo o muy pocos años más tarde también llegaba procedente del reino de Navarra don Pedro de Landívar y Caballero, comisario general de caballería, hijo de don Esteban de Landívar y doña Ana María Caballero, quien ya en 1726 se presentaba a rematar en nuestra capitanía general la concesión de los ramos estancados. Allá quedarán en la Península, sus dos hermanos mayores, Miguel, de la Orden de los Franciscanos, y Félix, capuchino de gran prestancia entre los religiosos de Navarra. Tomás de Landívar y Caballero vino con don Pedro y se acercó en Comayagua, administrando una sucursal del estanco de pólvora, salitre y AGUAS FUERTES.

Don Pedro era casado con doña Juana Francisca Javiera Ruiz de Bustamante, hija de don Juan Antonio Ruiz de Bustamante y de doña María Manuela Fernández de Córdova, entroncados ambos con descendencia de finos hijosdalgos, con blasonado asiento en las montañas de Burgos; sabido es que en las montañas se conservaba con estricta pureza la tradición de la sangre y la arrogante afirmación de la nobleza. "Hay en la historia y en el carácter de los montañeses, aún en los más humildes, cierto sentimiento nobiliario; un apego a la familia, al solar, al blasón". Todos los ingenios de la época registran en variadas formas tal característica, como dijo Cervantes: "Hidalgo como el rey, porque era montañés".

Los Ruiz gozaban de inmemorial tradición nobiliaria, con su CASA SOLAR en el valle de Meñacita, dignificada por un escudo con cuatro cuarteles: "el primero y cuarto en campo de Plata y un Roble Verde con su fruto de Belloitas de Oro, y empuñante a él un León Rojo; y en segundo y en tercero en campos sangrientos una Torre de Plata con su homenaje en la conformidad", aludiendo el conjunto a la limpieza, inocencia, integridad, elocuencia, riqueza, la fortaleza, el esfuerzo, el fuego, el ardid, guerra y vencimiento con sangre, virtud personal y poderío.

La rama Bustamante aparece también "tan venerable e inmemorial que la diligencia más exacta de los genealogistas, ni la más curiosa investigación de los historiadores y armistas tuvo por imposible penetrarla en su larga carrera de los siglos girando desde su duración hasta su principio y origen ocasionando lo imposible", con su casa solar en las montañas de Burgos con blasón y reales armas que aumentaron su brillo en la batalla de Roncesvalles "despojando el estandarte real que tenía las tres Flores de Lis". Tal la alcurnia que por línea materna heredaría el poeta Rafael Landívar.

ANSIEDAD

Eran las diez de la noche y, cosa inusitada, por la

cuarta calle poniente corría un forlón, tirado por dos mulas prietas, haciendo astillas el silencio. El coche se detuvo al final de la calle, frente a una ancha puerta, y de él descendieron apresuradamente un hombre alto y magro, envuelto en una amplia capa española y tocado con un aludo chambergo, y una dama gruesa, rebozada en su pesado pañolón de seda negra; eran el bachiller Luis Bolaños y la partera, llamada ésta con premura a casa de los esposos don Pedro de Landívar y Caballero y doña Juana Francisca Javiera de Bustamante.

En el espacioso zaguán jugaba el viento con un farol que oscilaba haciendo caprichosos dibujos de sombra en los muros enjalbegados. En la casa había un trajín silencioso, una actividad premiosa que andaba de puntillas; los sirvientes iban y venían como sombras, obedeciendo órdenes dadas en voz baja, en veces insignificantes, como descorrer una cortina, entrecerrar una puerta, permanecer de pie a la entrada de los salones, en actitudes hieráticas.

Don Pedro de Landívar medía con pasos preocupados un salón y su figura borrosa se hundía en las profundidades de un espejo para surgir luego a la superficie. Del centro pendía una araña en cuyos lagrimones de cristal se irisaba la luz de las velas; sobre sendas consolas ardían velones en dos candelabros de plata labrada, flameantes las llamas al viento y goteando de cera las arandelas. Arrellanados en cómodas butacas, conversaban quedamente algunos vecinos notables de la ciudad, entretenidos en el comentario de los sucesos actuales. Quien hablara de la crisis económica angustiante, o de la política condescendiente de la audiencia para exonerar de ciertos tributos a los indígenas o rebajárselos; glosaba otro la orden de su majestad, tendiente a que se activara el cobro de las sumas adeudadas al erario; en fin, algunos ponían esperanzas en la acuñación de moneda autorizada ya por real cédula, dada la actividad de las minas de plata, ricos venteros que sólo en el mes de enero de 1639 produjeron veinte mil marcos de plata de ley y de los que únicamente por falta de trabajadores no se obtenía mayor rendimiento; en general se aludía a las publicaciones de La Gazeta de Guatemala.

En otro salón, varias damas amigas de la familia hacían corro en torno del acontecimiento: ante el parto inminente eran todas presa de gran inquietud, sobresaliendo la preocupación y el don de mando de algunas solteronas que daban fuerza a sus palabras con el acento circunflejo de un equívoco bigote. Algunas, las más jóvenes atrevían preguntas de ingenua impericia, pero su voz se perdía en la sonrisa burlona y maliciosa de las enteradas: "Será varón, para honor de la casa de Landívar que necesita de alguien que mantenga el linaje de su nombre. Los Ruiz, sin mengua de las otras ramas, son antiguos y nobles hijosdalgos, con blasón y reales armas; hay que ver". "No, será mujercita, como Rita Josefa". "Presiento que será hombre, pero no dejará descendencia; ya declina la carrera de las armas y la profesión más lucrativa es la de religioso; ahora sólo nacen frailes..." Un grito unánime, ahogado, cortó la frase, y todas se santiguaron para inmuni-

zarse contra la herejía; pero había desaparecido ya la vieja misteriosa que con voz cascada soltara tal propósito por entre sus dos colmillos venenosos; desapareció sin ruido, como había venido sin duda, quién sabe a qué horas, casi esfumada, como esas hadas fatídicas de las consejas que auguran males al borde de la cuna. Y fue casi pisando el terror de las circunstancias que entró la partera, arrastrando como una cola la importancia que le daba su necesidad en tales casos.

NACIMIENTO

En un ambiente denso de olor a medicinas, sobresaliendo intensamente la ruda, doña Juana Francisca dio a luz transida de dolor. Era varón, y la noticia cundió por toda la casa con celeridad. Los ánimos tensos se rebajaron hasta la lasitud; la casa misma parecía que respiraba con desahogo tras la prolongada angustia de la espera. Cuando don Pedro entró a la recámara de su esposa, descansaba ésta entre albas sábanas, vencida la cabeza sobre el fino edredón de las almohadas, en desorden los negros cabellos, muy pálida la tez y cerrados los ojos, todavía con una lágrima temblante en las pestañas, exangües las manos y los brazos ebúrneos en actitud de supremo abandono. Don Pedro besó a su esposa, en la frente fría y perlada de fino sudor, y sus ojos la contemplaron con una profunda mirada de gratitud, de ternura y arrepentimiento. Era bella, realizada a los veintinueve años su frescura saludable por esa plenitud que dignifica la carne materna. Dos veces madre ya, por dos veces vencedora del supremo trance, ella, tan grácil y delicada.

¿Por qué no llora ese niño? ¿Por qué no afirma su vida con ese grito rebelde que en los recién nacidos parece presentir todo el dolor de su tránsito por la tierra, las asechanzas del sino? La comadrona tiene una profunda arruga que parte de preocupación su frente, mientras sostiene en brazos el cuerpecillo débil, perpleja ante aquel ser que apenas ha pisado los umbrales de la vida y ya parece dispuesto a retornar al arcano en que se offician los secretos de la generación. Cerca, en una jofaina disuelven su extraña virtud las cebollas moradas que han de oponer su fuerza de hechicería al MAL DE OJO.

Padre, y padre de un hijo varón, Don Pedro rebosa de orgullo, con los ojos húmedos de sentimiento paternal. Eso vale más que su título de comisario general de caballería, y que los cargos de jefe de la sala de armas, regidor de la ciudad y celador de aguardientes, que sucesivamente ha desempeñado; aún más que su actual presidencia de alcalde ordinario. Por eso lo verá la ciudad un mes más tarde, el 22 de noviembre, llevar con gran naturalidad el estandarte con el real escudo de armas, en la tradicional festividad de Santa Cecilia. Con este motivo desfilaba un suntuoso cortejo por las calles principales de la ciudad, siendo un honor envidiado el de ser portador del blasón real, y don Pedro lo tuvo, radiante de satisfacción, el mismo año en que vio la luz su hijo Rafael.

¿Se morirá el niño? Una inquietud nueva bate sus alas negras en los rincones de la estancia; más que la vida del infante preocupa que vaya a apagarse el leve soplo de su existencia antes de que la iglesia lo reciba en su seno por la puerta ritual del sacramento del bautismo; pero el caso está previsto, y a la importancia de su título debe el bachiller de Bolaños ser elegido para officiar "en necesidad"; todos oyen su voz persimioniosa: "En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo con el nombre de Rafael", y corean: Amén, "Tiene la cabeza muy grande" —desentona un indiscreto—. "Sin duda tiene sesos adentro", sonríe bondadosamente don Pedro. En ese momento está pre-dispuesto a la generosidad, dilapidaría su hacienda y perdonaría todas las injurias.

Era el 27 de octubre de 1731.

EL SOLAR

"El ilustre y decoroso centro de esta nobilísima república, se admira majestuoso, peregrinamente adornado de singulares, magníficas fábricas, que autorizan y noblemente acreditan lo generoso y noble de su dichosa fundación". Pues bien, la mansión de la familia de Landívar era una de las más hermosas de la ciudad, enclavada en uno de sus "diez extendidos y excelentes barrios. El barrio del TORTUGUERO, cuyo pronombre le viene por caer a la parte en que el firme terreno descaece más hacia la igual llanura, y se ven allí más rebalsadas de ella más impetuosas vertientes de los procelosos hibiernos", demarcación vecinal que se une al poblado y alegre barrio de San Sebastián, al que entran los viveres por Jocotenango y donde se goza de las aguas de PAMPUTIC.

Ocupa la casa un ancho solar, lindando al norte con el estrecho callejón llamado de La Partida; al oriente con la calle de Santa Lucía, anchurosa y hermoseedada de árboles; al sur, con la calle de San Lázaro, que da salida a un frecuentado paseo "que por espacioso prado se extiende entre la parte occidental y meridional del valle, es el ameno sitio de San Lázaro, por el hospital que está fundado, para la curación de pobres enfermos leprosos, al cuidado y desvelo de los caritativos hijos del padre de pobres San Juan de Dios" y al poniente, con la calle de Los Recoletos.

Las habitaciones de la familia, maciza construcción al estilo de la época, daban a la calle de Santa Lucía, con su portón frente al final de la cuarta calle poniente, amplio este y señoreado por un modesto escudo, formado por una paloma con las alas cerradas entre dos gajos de olivo enlazados por la parte inferior; distintivo del que se infiere la alta religiosidad y el natural bondadoso y tranquilo de don Pedro. En el interior campeaban el buen gusto y la riqueza, manifestados en las arcadas de sólida mampostería; en los pilares de madera labrada, sobre los que descansaban sencillos capiteles del orden dórico; en los pesados cortinajes que iamizaban la luz y amortiguaban el ruido; en los muebles de nogal laboriosamente trabajados; en las imáge-

nes de divinal hieratismo dentro de sus lujosos escaparates y transparentes BOMBAS; en los óleos desde donde presidían los antepasados la vida de sus descendientes: don Esteban de Landívar, doña Ana María de Caballero, don Juan Antonio Ruiz de Bustamante, doña María Manuela Fernández de Córdova, hija de "ricos homes", respectivamente abuelos paternos y maternos del poeta.

En el centro, así como el pensamiento y el sentimiento de la época gravitaban en torno de la religiosidad, se alzaba con grave silencio el oratorio, espaciosa capilla presidida por un altar central, al fondo, iluminado en la oscuridad por el reflejo coruscante de sus primorosos retablos, donde perennemente ardía una lámpara de aceite, ofrendando su llama devota al espíritu santo, y que en los días solemnes resplandecía de cirios a la hora del rezo y se impregnaba de la intensa plegaria del incienso.

En San Sebastián, el 25 de noviembre de 1731, hizo los exorcismos, dio los óleos e impuso el christma a Rafael, fray Juan Crisóstomo Ruiz de Aguilera.

En la parte sur, colindando con la calle de San Lázaro, estaban los almacenes de pólvora y otros ramos estancados, pues don Pedro se había presentado como rematante de la pólvora, el salitre, el azufre y el agua fuerte, negocio que le dejara la pingüe ganancia de diez mil duros anuales. Era esa la "casamata, o providente almacén de la pólvora, de un fuerte y murado cañón edificada con dos fuertes y seguras puertas, aunque medianas aseguradas, y con secretos subterráneos para resguardar este socorro de las asechanzas que puede ofrecer el tiempo; y allí cerca, en la misma calle que sale a el PRADO DEL CORTIJO el estanco y casa de su peligrosa fábrica". En fin, hacia el mismo lado quedaban las caballerizas, donde pafaban hartos de pastura los caballos que orgullosamente jineteaba don Pedro y las dos mulas oscuras que arrastraban su importancia de alcalde ordinario y la gracia de su esposa, en su pesado forlón, por las calles de la ciudad y sus maravillosos alrededores.

Con salida al mendicante callejón de la Partida, al norte de la posesión familiar, recorría su humilde silueta una pequeña casa de calicanto, que después habitara Rafael Landívar; modesto albergue que supo de sus ensueños juveniles, de sus largas vigiliás en las horas de estudio y meditación; casa que vivió con la voluntad de su amo y procuró hacerse a sus maneras, acosiumbrándose al silencio en que se desarrollan las grandes luchas intelectuales, al trato con amarillentos infolios, al parpadeo soñoliento de las velas que ardían como el espíritu de Landívar. La casa disimulaba sus crujidos, se iragaba todos los ecos, rechazaba los ruidos exteriores, asistiendo con respetuosa presencia a la gestación de quién sabe qué nobles ideas que cumplían a la actividad de tan privilegiado cerebro. Se le llamaba la casa de la "Asesoría".

INFANCIA

Rafael Landívar creció desmedrado, de escasa estatura, débiles las piernas, pálido el rostro, desmesurada

la cabeza, casi hundida sobre un cuello muy ancho y corto entre los hombros mal formados, con una gruesa caja torácica que casi denunciara el principio amenazante de la joroba. Desde que al nacer se vio a las puertas de la muerte, a punto de ser amortajado en las propias sábanas albas que lo recibieran, su salud fue siempre delicada, y esto lo apartó de la arrebatada impulsión con que por lo general los niños expanden su exuberante naturaleza en el juego. Prematuramente aprendió a desear la quietud, a ponderar sus gestos, sus ademanes, sus palabras, sus actitudes.

Más, parece que toda la energía física que faltaba a su cuerpo transformaba en fuerza espiritual; en el silencio y el reposo se desarrollaban tempranamente sus ideas. Las amistades de la casa se hacían lenguas de su inteligencia: sorprendía a todo el mundo con la precisión y seriedad de sus respuestas o con el alcance de sus infantiles preguntas, en veces muy poco ingenuas, casi profundas, para su edad. Era un contemplativo, se divagaba en éxtasis ante las cosas, o buscaba adrede los sitios umbríos y silentes, propicios a la concentración.

Dentro de su cuerpo endeble, aquel espíritu amaba la vida, como un don que la naturaleza le regateara; tenía una mirada intensa que adentraba en los objetos y sorbía sus más secretos aspectos, y una sonrisa comprensiva, enfermiza, se deshojaba como una flor marchita sobre sus labios.

Pronto el amplio solar de los Landívar, donde asistía con grave circusspección a todas las peripecias de la vida cotidiana, lo mismo a los rezos de las novenas y el rosario que al baño de los caballos, al corte del zacate y a las comidas ceremoniosas, despedido por no ser admitido en las tertulias nocturnas, tuvo horizontes muy reducidos para sus ojos vagabundos.

Tomó entonces posesión de la ciudad, con inmensa alegría. "Core la cuerda, por la derecha de sus despejadas calles, de norte a sur y de oriente a poniente, con que en todos los tiempos del año la baña de alegres y claras luces el sol, desde que joven de resplandores registra en el oriente el orbe, hasta que con desmayados brillos sepulta sus lucimientos en piras de cristal que le previene el océano; bañándola el viento por cualquier parte que sopla".

Amaba las plazas, "once capaces y maravillosas" tenía la ciudad, abiertas a la luz y el viento; habiendo tenido oportunidad de presenciar en la plaza mayor las lidias de toros, en las grandes festividades, escenas que más tarde cantaría emocionado por gratas reminiscencias de su infancia. Amaba los "magníficos ostentativos templos" particularmente la catedral de sobrecargada arquitectura compósita con su lonja y gradas explotándose hacia la plaza central, con sesenta y ocho bóvedas y de alto y elegante cimborrio, fuerte sobre el aticismo de sus bases, elevada por dóricas columnas, sostenidas sus cornisas por modillones del orden corintio. A la hora de los oficios y en ocasión de las solemnes ceremonias rituales, ardía como un diletante en el goce del lujoso espectáculo ante los altares incendiados de oros, hormigueantes de luces de cirios, velados por tenues columnas de incienso que se coloreaban con el juego luminoso de los rayos vitrales. O contrastaba ese

fasto con la calma ensoñadora de las ermitas enclavadas en sitios agrestes, las capillas diseminadas por la bendición de Dios entre la verde campiña circundante.

Amaba las fuentes. Más de veinte elevabas el estro cristalino de sus chorros y surtidores en la paz monijil de la ciudad, ostentando canterías admirablemente talladas con fino encaje de piedra, ya en las plazas, ya en las calles, tranquilas o borboteantes, en un desperdicio de transparencia y frescura.

Mas su predilección lo llevaba de preferencia a pasear, a pie o en el forlón de sonoro arrastre, por los alrededores de la ciudad, hacia las SALIDAS de risueño panorama, con selváticas perspectivas y olor a naturaleza desnuda.

Frecuentaba la ALAMEDA, transponiendo el puente de LOS REMEDIOS, admirando en el templo de El Calvario las pinturas del artista guatemalteco Montúfar; viendo curiosamente la huerta de los franciscanos, donde trabajaban los humildes hermanos TERCEROS con la vista baja, como si enterrase su propio pensamiento. Cerca se alza la iglesia parroquial de los Remedios, se encuentra el rastro de cruento oficio, y serpentea por su desigual cauce El Pensativo, con alternativas de modesto arrastre y turbulentas cóleras.

Buscaba si no el ameno de San Lázaro, entretenido en vez rumiar a la vacada de fermentado olor y grandes lacrimosos, o ramonear a las cabalgaduras el fresco pasto; estampas virgilianas que después se reproducirán con fiel colorido en su memoria y que él se complacerá en calcar con delectado estilo. Vaga por el fértil y ameno prado que se ve y goza, situado a la parte occidental de esta ciudad, que tiene por término y lindero el abundante y noble río de la Magdalena, y que propasado su curso ofrece, entre su margen y la sierra, que corre del volcán de Fuego y otros cerros, el apacible objeto de molinos, pueblos y granjas, odorante vega denominada el Prado del Cortijo.

En fin, le placía el ambiente umbroso de los TAZACUALES de Jocotenango, afiebrado por el interés de las transacciones comerciales; se atrevía hasta la CHACARRA, donde los naturales del país moldean con gran habilidad y cuecen sus afamados artefactos de loza, o buscaba solaz en la finca El Portal, paraje abusante en placenteros panoramas, por donde corre el río del mismo nombre con la naturalidad de un verso virgiliano, entre colinas de suave urgencia. En la entrada de la propiedad, tras unos pilares de pétrea verticalidad, se admiraba una virgen de granito empotrada en un muro y la siguiente inscripción, igualmente grabada en piedra, "así se levantan y sostienen los derechos de la humanidad". Antes de 1773, fue El Portal propiedad de la familia de don Pedro de Landívar, quien tenía también en ella algunos cultivos.

SUEÑOS

Hacia también otras excursiones no menos amenas y poseídas de gratas sorpresas; era en las tardes, por la hora en que las campanas vibraban con los golpes lentos de la oración; de labios de una vieja criada, que imponía a todos los sirvientes el respeto de sus largos años

de servicio, apreciándose en tanto como la vajilla de plata heredada de don Esteban, escuchaba con el ánimo suspenso maravillosos relatos, leyendas, cuentos y consejas con sabor a misterio, eco de tradiciones fantásticas, lucubraciones del caprichoso numen popular supersticioso y milagrero.

Unas veces eran heroicos hechos de armas, en que chocaban con furia las lanzas y salían a relucir las espadas en atrevidos molinetes; los caballos se encabritan, sudorosos y piafantes, al castigo de las espuelas y la tensión del freno, y caían malheridos los paladines con una rosa sangrienta en el pecho y una frase célebre en los labios; no era raro que el propio rey premiase más tarde con un beso y un blasón nobiliario la valentía y el temple guerrero de un gallardo garzón, ni que la princesa suspirase y al pasar el joven paladín dejase caer distraídamente un pañuelo de perfumada batista. O se trataba de ocultos eldorados, de prodigiosos tesoros que guardaba un dragón de fieras fauces de fuego y larga cola pestilente, al que se llegaba por un camino empinado de trabajos y sembrado de asechanzas mágicas, de las que salvara a un príncipe andariego la virtud de un cabello perfumado por la gracia de una princesa cautiva. Ya refería la fábula casos sorprendentes de ENTIERROS y aparecidos, que tenían por resultado improvisadas fortunas; o bien actuaban duendes, hadas y brujas, y hasta entraba en escena la figura roja y bicorne de satán, con una verde casaca que denunciaba su presencia por su intenso hedor a azufre. En el ámbito de sus historias revoloteaban murciélagos de alevosas alas e insaciable hocico, bestias extrañas y magos que operaban en su persona las más curiosas metamorfosis; faunas y floras extraordinarias por su aspecto y dimensión, decorando la escena de hechos inusitados, en un ambiente penumbroso de hechicería; talismanes, enigmas, sortilegios. Ya simples broncas de tizonas penderías, o milagros de santos, saldando terribles cuitas y clareando con sus nimbadas aureolas los antros oscuros del dolor, el sacrificio y la miseria.

Entre todos, Rafael marcaba su preferencia por los relatos de la vida del campo, el ejercicio de las artes domésticas y el esfuerzo de las diarias faenas; o la vida misteriosa y simple de los animales del bosque: los castores industriosos que hacen diques y puentes en los ríos; la rapidez espantadiza de los venados con ramificaciones anuales en sus cuernos; la acechanza traidora de los tigres famélicos; la agilidad de los simios peludos de colas prehensiles que se burlan de las gentes; la existencia alada de las aves de multicoloreados plumajes y argentino canto.

La imaginación se iba poblando de seres extraños y era teatro de una vida fantástica, alimentada en largas horas silenciosas, en un plano irreal en que las palabras tomaban consistencia de cosas y encadenaban las más absurdas posibilidades. Doña Juana Francisca vigilaba con su instinto maternal, y en ocasiones reprendía con suave manera a la vieja ama: "No adviertes que llenas la cabeza del niño de ensueños y fantasías. Algunas de tus historias le causarán terror y en general todas sobreexcitan su natural nerviosismo; acabarás por enfermarlo".

Efectivamente, antes de conciliar el sueño, después de musitar las plegarias rituales, permanecía Rafael perdido en un dédalo de abstrusas divagaciones; aún dormido tenía ensueños y hasta pesadillas, dándose el caso de que gritase a media noche y despertara sofocado, con la respiración anhelante y un reflejo medroso en los ojos. Sufría taras patológicas indudablemente congénitas, que más tarde confirmaría la locura de doña Juana Francisca. Sin embargo, su intelecto alcanzaba un progresivo desenvolvimiento y sus maneras se hacían dulces y tranquilas, amado de todos, parientes y criados, y mimado por razón de ser enfermo y el único vástago que podía transmitir el nombre de los Landívar.

EL ESTUDIO

Viviendo como un legado espiritual del obispo licenciado Francisco Marroquín la Real Pontificia Universal de San Carlos de Borromeo inició sus cursos el 5 de enero de 1681, con más de setenta alumnos inscritos y actuando profesores interinos en tanto que llegaban los oponentes a las cátedras. Fue primer rector don José Baños y Soto Mayor, doctor de la Universidad de Osuna y gentil hombre tenido en gran predicamento en la corte, a quien a la vez se adjudicó uno de los cursos de teología. Por proveído de su majestad, el oidor don Francisco de Sarasa y Arce formó los estatutos o constituciones del claustro, en el mismo año.

Después de una porfía que duró siglo y medio, la municipalidad consiguió que se diera la autorización real, en cédula de 6 de junio de 1680, que siete años más tarde confirmó Inocencio XI, y Guatemala no defraudó a su soberano; ya a principios del siglo XVIII era su universidad un fecundo centro de ilustración, al que verdaderos sabios y muy agudos ingenios daban un crédito cultural tan sólido como su hermoso edificio, al costado de la catedral, en la 5a. Calle Oriente.

Sin embargo, la universidad de San Carlos sufrió la influencia de una depresión decadente, manifiesta por entonces en la cultura filosófica de la península: "la escolástica española, ya insignificante en el siglo XVIII, desciende aún más, si es posible en el XVIII; la dictadura católica ha enmudecido a los mismos teólogos". Se gastan tiempo e inteligencia en estériles discusiones, siendo tales disputas la ocupación predilecta de los maestros, quienes asistían a dichas justas abroquelados de sofisma, ya que era visto con gran miramiento el que lograba sostener por la mañana que una cosa era blanca y pintarla de negro por la tarde con artificiosos argumentos, en los planos sin solución de la metafísica. Sobre esas cuestiones tan interesantes exteriormente severo de los marroquíes que visitaron España durante el primer tercio del siglo XVIII: "Hay hombres en este país que tienen por oficio disputar. Asistí últimamente a una junta de sabios que llaman conclusiones. Lo que son no lo sé; ni lo que se dijeron, ni si se entendieron, ni si se reconciliaron después, o si se quedaron en el rencor que se manifestaron delan-

te de una infinidad de personas, de las cuales ni un hombre se levantó a apaciguarlo, no obstante el peligro en que estaban de darse puñaladas, según los gestos que hacían y las injurias que se decían; antes los indiferentes estaban mirando todos con mucho sosiego y aún con gusto, la quimera de los dos adversarios"

También tuvo gran importancia el colegio de San Francisco de Borja, primitivamente de San Lucas, fundado y regentado por la Compañía de Jesús, con una escuela primaria, dos cursos de gramática, una cátedra de filosofía y dos de teología. El establecimiento se hallaba instalado cerca del edificio de aquella congregación y a poca distancia de la casa de los Landívar.

Rafael obtuvo precisamente los primeros conocimientos en la casa de la "asesoría", para completarlos con notable éxito en el colegio de San Francisco de Borja, donde se distinguió entre sus compañeros de estudio y fue merecedor de alto aprecio de sus maestros. Se le veía discurrir lentamente por los anchos corredores, en íntimo consorcio con sus libros, o sentado en actitudes graves, aparte del bullicio en que, pes a la férrea disciplina del plantel, estallara de repente la juventud de los cursantes. Su inteligencia captaba y asimilaba con gran clarividencia y precisión las verdades científicas de la época, que abusara de la metafísica e impusiera dogmáticamente sus conclusiones. Atento siempre a las disertaciones de los profesores, activo y certero en sus réplicas, tenía ya un gran acervo a su disposición, pacientemente atesorado por su don observador y su prodigiosa memoria; se adentraba así conquistadoramente en los terrenos suiles y oscuros de la teología, pero pronto se dio a conocer su predilección por los estudios de gramática, retórica y poética, llegando a dominar admirablemente la lengua del Lacio y a distinguirse por sus traducciones de los modelos clásicos de la latinidad.

A su indiscutible capacidad debió la concesión, regateado privilegio, de entrar a la universidad de San Carlos sin la práctica de algunos años que como requisito indispensable se exigía a todos los aspirantes. Su ya profundo conocimiento del latín le facilitó aquí el estudio, pues todas las cátedras, con excepción de anatomía y astrología, se servían en dicho idioma.

Vestía por entonces sencillamente, a la usanza de los estudiantes, a quienes imponían los estatutos una modesta compostura, eliminando de sus trajes los bordados, las guedejas, los copetes y las pasamanerías de hilo dorado; las medias reglamentarias eran negras. Además no era cosa fácil ser admitido en las aulas del claustro; del que se excluía a los negros y chinos y a los descendientes de penitenciados por el Santo Oficio, debiendo el aspirante a doctor demostrar la limpieza de su linaje y la posesión de un escudo heráldico como que dicho grado posponía la calidad del título científico a su carácter de blasón nobiliario que acrecía el lustre de los favorecidos con tal distinción.

Cursó las diez lecciones del bachillerato en ar-

tes, tres de LOGICA, cuatro de FILOSOFIA, dos de GENERATION y una de ANIMA, distinguiéndose al recibir el grado en sus contrarréplicas a los doctores que integraban el tribunal, al discutirse los tres argumentos de las CONCLUSIONES. Poco después ascendía en grado a maestro en artes, después de hacer profesión de pertenecer a la religión católica y haber jurado defender la doctrina de la concepción de la Virgen, concebida sin pecado original, que más tarde sería erigida en dogma.

Asistía regularmente a las conferencias y saba-
tinas, lo mismo que a los demás actos importantes de la universidad, sobresaliendo entre ellos el otorgamiento de grados, ceremonia rodeada de solemnidad y cargada de ritualidades. Se iniciaba con una misa rezada al Espíritu Santo, y en el cabildo de la propia catedral se sorteaban los temas entre los que escogía al aspirante los puntos que iba a sustentar en "la fúnebre", que tenía lugar en el recinto de la sala capitular. Venía después el vistoso paseo, una sencilla velación de armas, y los actos del examen público, el vejamen, la imposición de las insignias, el ósculo, la espada, las espuelas y la borla honorífica. Siendo hasta entonces que era felicitado con efusivos abrazos, obsequiando a sus maestros y doctores presentes una docena de guantes y pañuelos, sobre la propina reglamentaria.

Era corriente que los graduados obtuviesen el título muy jóvenes, y lo mismo ocurrió con Rafael Landívar, asesorado por su clara inteligencia. He aquí lo que afirma al respecto el señor J. Joaquín Pardo, cuyos trabajos hemos citado antes:

"En 1746 —a la edad de quince años— Rafael recibió el título de Maestro de Teología y a los diez y seis, en 1747, se doctoró; para lo cual hubo necesidad de seguir un expediente, ya que los preceptos exigidos para tal investidura imponían unos cuantos años de práctica; pero la primera autoridad colonial, previa información del rector de la universidad y "atendiendo a su rara aplicación y suficiencia" le otorgó la gracia que solicitara.

De 1747 a 1749, el poeta, enseñó retórica y poética en el colegio de San Francisco de Borja, cultivó la lengua del Lago y asimiló un gran caudal de conocimientos que le permitieron sobresalir entre los asistentes, tanto pupilos como maestros, al antes mencionado centro educacional".

HACIA MEXICO

Terminados los cursos de 1749 en el colegio de San Borja, donde daba una clase de retórica y sirvió también cátedras de teología y filosofía, aun sumido en el profundo dolor que le causara la muerte de su padre, Rafael dispuso su viaje a México, con destino al convento de Tepotzotlán, donde debía profesar dentro de la orden de la compañía de Jesús.

Se despidió de sus maestros, amistades y discípulos, y en su casa hubo una escena tiernísima al decir adiós a doña Juana Francisca, quien contaba por entonces 48 años de edad y se encargaba de la administración del haber de los Landívar; con no menos

efusión abrazó y besó a su hermana Rita Josefa, que era ya una dama de 23 años, casada con don Joaquín Lacunza, cuarentón más de afable trato e intocable pundor. Cuando salía de la CASA SOLAR que lo viera nacer, queriendo llevarse en los ojos húmedos impresa la visión de los objetos familiares a su vida, corrió a echarse a sus pies y a llorar abrazada a sus rodillas la liberta Ursula, mulata que se significara por su amor a Rafael y por la predilección que hacía ella manifestara en su infancia el poeta, y a la que se dio libertad con ocasión del fallecimiento de don Pedro.

Fue en este viaje, en que recorrió gran parte de los territorios de Guatemala y México en un tren de mulas, yendo de sorpresa en sorpresa ante las maravillas naturales que deslumbraban sus ojos, divirtiéndose con el espontáneo ingenio y el pintoresco romance de sus guías, que el poeta afirmó su predilección por los espectáculos vírgenes de la naturaleza y las estampas del campo.

Al lento paso de las mulas, por reptantes senderos y anfractuosos terrenos, ya en el helado clima de las tierras frías o en el bochorno sofocante de la costa, donde las cabalgaduras ASOLEADAS eran sangradas de la nariz por la habilidad de improvisados curanderos, se iban desenvolviendo a la vista del poeta los más variados panoramas. Ahora el fresco tapiz desenrollado de los valles, vibrantes de color, de flores y de pájaros; los umbríos parajes enclaustrados de árboles y numerosos de frondas, saturados de saludables olores silvestres; las torrenteras mareadas de precipicio, talladas por la pujanza de rampantes caudales; las fuentes estáticas o los paralelos manantiales que dicen del alma transparente de un Fray Luis de León; las cordilleras y los volcanes de épicas moles; los barrancos de pavorosas fauces y los bosques cerrados al domino del hombre, resonantes de extraña vitalidad, con gruñidos de fieras, gritos salvajes, aullidos desolados, estertores agónicos entre las hojas y heráldicos vuelos de aves; la vida espontánea y fértil, recién creada, majestuoso escenario en que se cumplen los instintos, en el templo ilimitado que corona de fuego el sagrado disco de Tohil.

Su ilustración clásica permitía a Rafael ensoñar al compás del trote cansino de las mulas, o de cara al cielo azul en las horas de bochorno que hunden en el sopor de las siestas prolongadas, o en las calmas nocturnas selladas de puntos luminosos en las páginas arcanas de la astrología. Le era fácil poblar de seres fantásticos aquel ambiente pagano, propicio a reivindicar los milagros de la mitología gentil. La musa de apolo canta en la gracia diáfana de las quebradas a donde acuden a saciar una sed ficticia los animales; las ninfas coronan sus sienes róseas de flores selváticas; en las pendientes equilibran los faunos sus actitudes lascivas; rumorea el alma de Pan, entre la gloria empenachada de los carrizales; Diana clava su mirada dardeante en la cerviz intranquila de los venados. Son ya páginas vivas que se encuadrarán más tarde en las imprentas de Módena y Bolonia.

Algunas llanuras se animan con las estatuas mo-

vibles de las vacadas y los rebaños de caballos, en las inmediaciones de cuantiosas haciendas; o se ilustra el paisaje con la presencia medrosa de los pueblos indígenas solidarizado en torno del alma secular de las ceibas, con ranchos pajizos de puertas que la hospitalidad mantiene de par en par, como oscuras pupilas vigilantes bajo largas pestañas de MANASCO, con moradores de barro que visten la herencia estética de los trajes de sus mayores.

Desde la hacienda de Los Arcos, a siete leguas de la capital, Landívar se volvió a contemplar con fervorosa delectación los altos conos de los tres volcanes que recortaban sus siluetas en el ambiente cálido del medio día, para proseguir un tanto desolado por la sensación de tener que recorrer una distancia de trescientas leguas, que si bien era acortada por el descanso que los ojos de un temperamento artístico encontraban en la contemplación de la naturaleza, hacía lenta y pesada la marcha por la inquietud transeunte en los caminos, que se consideraban poco seguros, erizados de dificultades materiales y asechanzas de los indígenas aún rebeldes a la dominación, como por la incomodidad de los albergues en las forzosas paradas.

Supo del cansancio de las jornadas interminables, de la molicie de las bien trenzadas hamacas en los jalones del camino, del riesgo de los precipicios capciosos a los ríos turbulentos; sobre sus cabezas se dehojaban en veces ramas enteras de loros bulliciosos o hacía signos de paz una garza con los dos pañuelos blancos de sus alas. Aprendió a presentir la cercanía de las pequeñas poblaciones por el pausado vogar de los zopilotes; a sufrir las alternativas de fríos vientos y soles sofocantes. Ya bordeando la montaña de Ajusco, por un largo desfiladero de cinco leguas, en escabroso paraje, renovada el valor de la caravana la sensación de acercarse a la altiplanicie de México, con un amplio panorama que se domina desde el mirador de San Caosme; pasaron por San Agustín y al caer de la tarde alcanzaban la garita o puerta de la ciudad.

Corría el mes de enero y Rafael sonreía satisfecho al término de su hazaña, con la frescura y la confianza de sus diez y nueve años.

TEPOTZOTLAN

Por el tiempo en que Landívar llegó a Tepotzotlán, en febrero de 1750, tenía este pueblo, cabeza de partido, con sus barrios sujetos unas 521 familias de indios; era ya un curato importante y se significaba por la presencia del colegio de la compañía de Jesús, "en donde se labran en letras humanas, y virtudes los Sugetos, que secundan toda la provincia después, que pasado su Juvenado son clarines por cuyas voces sonoramente resuena la palabra Evangélica". Había establecidas cátedras de gramática latina, filosofía moral, teología escolástica, retórica y otras humanidades, siendo rector el padre Pedro Ríos. Por disposición del P. Provincial Antonio de Mendoza se había trasladado a Tepotzotlán el noviciado de los jesuitas, quedando los de-

más ministerios y el colegio máximo en la ciudad de México.

Con paciente y desinteresada labor, iniciada por los misioneros, llegando a ellos por las vías expeditas del idioma nativo, el OTOMI, los jesuitas lograron ganarse a los indígenas, quienes les cedieron a aquellos terrenos y casas, auspiciando la fundación del seminario de indígenas, al que enviaron sus hijos los principales caciques. La crónica religiosa habla de doncellas OTOMITES consagradas al culto cristiano, en cuenta de una virgen que murió en éxtasis poco después de su conversación, cuyo cuerpo se hallara incorrupto un año más tarde, así como frescas todavía las rosas de su guirnalda; el INDIO SANTO, hijo de un gobernador de Chiapas; de un heredero del señor Cholula que renunció a sus riquezas para profesar en la humildad y otros casos singlares del estilo milagrero a que fueran tan aficionados los espíritus de la época.

Tepotzotlán quiere decir "lugar de jorobado", nombre que quizá tomó de la proximidad de un monte que muestra la apariencia de una joroba. La erección del convento se comenzó en 1670, aunque la fundación naciera moralmente desde 1582. Landívar halló que los jesuitas gozaban de una espléndida morada, en la que religiosos y novicios, retirados unos de otros, se distribuían con holgura. La capilla doméstica era un grato recinto que describe el padre Pérez de Ribas: "Bóveda con hermosos florones de varias labores, el retablo y sagrario del altar curiosa y ricamente dorado y todo convida a devoción y reverencia. El principal cuadro del retablo ocupa una perfectísima imagen de Nuestra Señora, de primoroso pincel y de gran arte, traslado de la que está en Santa María la Mayor de Roma. Agrega Tablada que "traspasando el cancel, que corona profusa talla de madera donde sobre un jarrón culmina el monograma del clásico 'IHS', se admira arrancando el pavimento, matizado guardapolvo de azulejos, decorados emblemáticamente y con leyendas en latín. El ornato del altar podría calificarse de excesivo, lleno como está de hornacinas y cuyas tallas doradas aumentan su brillo merced a espejos embutidos por doquiera. El tapiz que cubre las paredes es de hermoso efecto y muy original con florones policromos sobre fondo de oro y plata. Una de las hornacinas guarda la estatua de un donador, don Pedro Ruíz de Ahumada, en actitud orante y vestido a la usanza de la corte de Felipe II".

PROFESANDO

Landívar tomó pronto gusto a esa vida de plácido reposo, propia al estudio y la elevación del espíritu. Oraba al amanecer, en su blanca celda con una ventana abierta hacia la paz meditativa del campo; hacía su frugal desayuno en el refectorio en compañía de los demás novicios, después de oír la misa cotidiana, y disponía el programa diurno, lleno por las obligaciones de las aulas, los rezos reglamentarios y las horas de estudio y meditación; las noches de los lunes, miércoles y viernes oía una plática de contricción del maes-

tro de los novicios y cantaba a coro con los demás el MISERERE, hasta que se oían los pasos del hermano portero que llevaba las llaves al prefecto, llaves con que a la vez se cerraba la actividad del día, cuando la noche se iragaba el convento. Cada tres días barria y arreglaba su celda o ayudaba a los mismos humildes menesteres en la sacristía o en otros departamentos de la administración. Pronto se hizo familiar su figura, intensamente pálido en su veste azul oscuro. Le placía recorrer el claustro superior, silente y decorado por las pinturas de Villalpando; o el inferior que llenara sus arcos con la fresca vista y el sedante olor de los naranjos, cuyas ramas se vencían en veces sobrecargadas del oro de sus frutos.

Permanecía largas horas en la biblioteca, amplio salón abovedado, cuyos muros estaban en toda su extensión y altura recubiertos por los estantes atestados de libros y ricos infolios, con una sencilla y larga mesa de pino en el centro y algunas sillas diseminadas en torno. Recortaba su silueta oscura por la calzada de los albiges, donde el crepúsculo deshojaba las rosas, o por la más estrecha y pintoresca de los cipreses, elevados cada uno como una oración, en doble ringla hierática. O vagaba por la amplia huerta, deteniéndose a orar en su pequeña capilla o llegando a santiguarse ante la Dolorosa, empotrada en un nicho de la barda.

El 31 de julio, en el día del discutido patrón de la comunidad, San Ignacio de Loyola, había suntuosos oficios, con derroche de cera e incienso en los altares, alegre revuelo de campanas, goce de música, estreno de corporales y prodigalidad de la despensa; lo mismo que el 12 de marzo, día de la canonización de San Francisco Javier, apóstol de las indias.

Por el día salían algunos religiosos, en mulas modestamente enjaezadas, a regar el evangelio al son de una campanilla vocinglera, ya familiar por su sonido a los indígenas, y aún de noche se hacían tales excursiones cuando alguien llamaba al portón solicitando los auxilios de un sacerdote. Quienes se santificaran en el ayuno y la penitencia, o se sumieran en la contemplación, como Agustín Márquez, "doctor en éxiasis, criatura mortal, que se daba azotes desde el alba y permanecía largas horas de rodillas ante el Cristo de las llagas innumerables. Asomado a la ventana de su celda, aquella vez se embelezaba contemplando el firmamento de amatistas hermosas. En la tierra temblaba un rosál, bajo el manto bendito de la noche y en el reloj del convento se morían las horas. Se retiró el hermano portero y fue a la celda del P. Agustín para entregar las llaves".

"¡Cuán hermosa la noche! Y qué fría y azul —soñaba él distraído.— Ponga las llaves en la mesa".

"A la mañana siguiente el portero volvió a recogerlas, y el P. Agustín seguía contemplando los cielos y besaba agradecido la mano del señor. Toda la noche cayó granizo en los alrededores del convento; en los estanques el agua se había congelado; los rosales se morían en un viento de santidad, y de la tierra se levantaba la neblina".

"—¡Buenos días, padre maestro! —exclamó el portero.— Alabado sea el Señor".

—“Ya le dije que dejara las llaves en la mesa— contestó él contemplativo”.

“Y saliendo de la celda el hermano se persignó con miedo, como si aquel astrónomo de los observatorios que no son de este mundo, estuviera loco de tanto besar la mano del que exponía en la custodia abierta del cielo una amatista de color de silencio, de amor, de pensar”.

Cristóbal de Mendoza y Mendo, comenzando el último lustro de su centenario, magro y apergaminado, los ojos ardidos de fe, “cansado de años”, martirizaba aún sus huesos sobre duras esteras, humillaba la frente sobre las baldosas y se daba azotes, “o bendecía los desposorios de los pájaros ante el altar del firmamento”. “Hermano Cristóbal, muy buenos días —le dijo ayer que lo encontró en el jardín nuestro Señor Jesucristo. Y como el hermano ya casi no ve, acarició la cabeza de Aquél en cuyos ojos hay luces más hermosas que las de la noche clara”.

En ese ambiente hizo sus estudios el sabio padre Alegre; allí se fue llenando de ideas el cerebro de Clavijero, en el mismo lugar estudió 40 años la botánica Vanegas; maceró sus carnes de renuncia Cantón; sintió Sigüenza y Góngora que sus manos rozaban el misterio; y el beato Rivero lloraba lágrimas fragantes, nostálgico de eternidad, viendo deshojarse las flores. Allí mismo soñó Rafael Landívar, henchida su alma por el recuerdo del solar nativo, redivivas en su memoria su infancia y su primera juventud, todos los hechos y las cosas que presidieron en Guatemala la formación de su preclaro espíritu; allí tomó los hábitos; allí se hizo admirar por su dominio de los clásicos, la sabrosura de su habla retórica y el claror de su activa inteligencia; parte integrante de una pléyade de amables ingenios y profundos sabios que estaban creando con su vida el haber espiritual de la colonia.

En 1755 estuvo en el seminario de San Gerónimo de Puebla, como profesor de retórica y siendo novicio aún, pues hasta el año siguiente hizo su profesión menor, a la vez que renunciaba a su herencia, con autorización del superior de la compañía en Nueva España.

LOS JESUITAS

Coincidiendo con la penetración de las ideas de Erasmo y vagos anuncios de la reforma, cuando dominicos y franciscanos se aprestan a luchar por los dogmas clásicos, armados de suspicacia y misoneísmo, 1540, se funda la orden de la Compañía de Jesús por un militar aventurero, Íñigo López de Recalde, que había colgado sus armas ante la virgen de Monserrat, como prenda de gratitud por haberse curado de una lesión recibida en Pamplona en 1521, y quien después fuera canonizado con el nombre de San Ignacio de Loyola.

Nació la fundación en época de lucha, pues tendía el nuevo espíritu del libre examen a abrirse paso por entre los vicios dialécticos del peripatetismo y librarse de los juegos estériles de la escolástica tomista; por otra parte, un criterio ortodoxo intransigente sospechaba en todo y de todos los peligros del erasmismo y reformismo. Fue bien vista por tanto la Compañía y apro-

bada por bula de Paulo III, aunque después se achacaba a la congregación que tal bula no se contenía en el "Sumario de las reglas y constituciones de la compañía de Jesús", ni en su "Thesaurus", no obstante ser la base canónica del instituto de la compañía, de su legislación y de su historia. Censuran también los numerosos enemigos de Loyola el artificio para independizarse hasta cierto punto de la tutela pontificia, al presentar como fundamento la bula de Julio III, que envuelve una oscura y amplia forma para que actúe independientemente el general con su Consejo; estracaban además la bula de Gregorio XIII y acabaron por omitir completamente la original de Paulo III; el padre Juan de Mariana dice al respecto: "En este gobierno andan paralogismos y sofismas, que engañan sin entenderse". En fin, al principio se tildó de heréticos a Loyola y a sus adeptos, denunciando perturbaciones nerviosas que sus servicios provocaban a las beatas.

Dígame lo que se quiera, quizá a favor de esa tendencia a la indisciplina contra el Vaticano, la Compañía de Jesús contribuyó en loable formación a la conservación y progreso a la cultura intelectual, siempre dentro de las limitaciones de casta que tuviera la actividad del espíritu por ese tiempo. Regateando excelentes colegios en Roma, Coimbra, varias ciudades de España y luego en el Continente Americano, a la par que desenvolvían sus estudios teológicos, fecundos en obras en la segunda mitad del siglo XVI, con alarmante rapidez llevaron a cabo una inteligente labor de penetración social y económica, que pronto tendría resonancia en el campo de la política. Vinieron a constituir así una fuerza respetable por su riqueza material y espiritual, manifiesta en su creciente expansión, en su dominio de las conciencias, en la dirección de la enseñanza, en su producción literaria y científica, en sus templos suntuosos y sus vastos y bien provistos conventos.

"Ya en el último cuarto del siglo XVI los padres de la Compañía de Jesús, por quienes hacía tiempo se suspiraba en la colonia, llegaron a México, solicitados por un vecino rico y enviados por Felipe II, de acuerdo con San Francisco de Borja, general de la Orden. Inmediatamente tuvieron templo y casa. Cacique hubo que envió tres mil indios a trabajar en ello". Poco después venían a Guatemala, instalándose modestamente hasta que el 18 de julio de 1626 inauguraron su templo, de sencilla pero sólida y hermosa arquitectura, rico en arcos y columnas, recubiertos sus muros con decoraciones de madera labrada, y destacándose los altares recamados, con hornacinas en que resaltaban las esculturas y pinturas de los santos extáticos entre un decoro de cirios, palmas de plata y dorados ornamentos. Sus naves amplias resonaban con las graves melodías del órgano, adornado su interior por "sesenta estatuas y cuarenta cuadros" en cuya facción pusieron el celo de un concurso de inspiración y técnica los artistas de la época.

No menos importante era el convento, amplio y cómodamente amueblado, centro de meditación y estudio que se honró con el trabajo de pacientes religiosos y grandes pensadores, como el padre Manuel Lobo, el

literato y filósofo Francisco Xavier Solchoga y el maestro Antonio Zepeda, a quien quiera una entrañable amistad con el poeta Landívar. Aprovechando un legado de 30,000 duros del rico y filantrópico vecino don Antonio Justinino, construyeron en 1690 el edificio para el colegio de San Francisco de Borja, y en 1767 terminaron los trabajos de la casa de estudios.

"Sean cuales fueren las ideas que se tengan sobre la Compañía de Jesús —dice Salazar—, es lo cierto que en el siglo pasado, y en medio de las oscuridades de la colonia, los individuos de esa orden brillaban por su sabiduría. Pues bien, dentro de esa orden, sin desmerecer en cuanto a la calidad intelectual de sus demás componentes, hizo su profesión mayor Rafael Landívar, en el año de 1765. Habiendo regresado de México, en 1762 según Batres Jáuregui, fue profesor de gramática y filosofía en el colegio de San Francisco de Borja, rector del mismo plantel y prefecto de la Congregación de la Anunciata, adscrita al mismo establecimiento.

Por ese tiempo sobrevinieron terribles desgracias a la familia del poeta, desde que don Pedro fuera enterado en las bóvedas del templo de San Agustín, en agosto de 1749, había quedado doña Francisca Javiera administrando los bienes de los Landívar; pero en 1761 se declaró en ella la locura, por lo que pasó la administración a su yerno Joaquín de Lacunza: éste tenía entonces 51 años y sus fuerzas estaban minadas por el dolor que le produjera la pérdida de su esposa, Rita Josefa Landívar, muerta el 19 de mayo de 1759, por una terrible enfermedad y las desazones que le produjera la reclamación del hermano de don Pedro. Tomás Landívar y Caballero, quien se presentó pidiendo la herencia, aunque luego se contentase con recibir 5,000 duros y posesionarse de los efectos encomendados a su administración en Comayagua, desapareciendo después sin dejar rastro alguno que nos permita precisar el sitio y la fecha de su muerte. Don Joaquín, hizo prodigios para recobrar la salud, acudió a los famosos curanderos indígenas, se dice que hasta consultó a brujos que operaban clandestinamente, e hizo romerías de suplicante al santuario de Esquipulas y a la ermita del Carmen, en busca de consuelo y alivio.

LA EXPULSION

"Ya en el siglo XVII se hace a los jesuitas el reproche de haber prostituido la cristiandad católica con el ESPIRITU FARISAICO-RABINICO, y falseando los mandamientos morales del evangelio con SUTILES FORMULAS TALMUDICAS. Es en realidad asombroso hasta qué punto llega a veces la semejanza entre la teología moral jesuita y las máximas de la MISNAH judía, tanto que a veces es difícil a la vista de una cita poder decir en el acto a cuál de los dos sistemas de doctrina obedece".

Pero la causa de la animadversión contra la Orden de Loyola era principalmente los celos que provocaba su poderío incontenible; avasallaban las conciencias, intrigaban en la política con poderosa influencia, disponían de riquezas sin cuento y "de sus colegios mayores

salían los que iban a vestir la toga en las cancellerías Carlos III fue demostrando creciente desafección a los jesuitas, sentimiento correspondido por la temible compañía, hasta llegarse a la pugna ostensible entre ésta y el trono, cooperando con éste los temores del rey de Portugal, que se sentía por doquiera amenazado y a quien preocupaban ciertas ideas sobre la impunidad del tiranicidio atribuidas a los jesuitas.

Consecuencia de tal desarmonía, fue la real célula de dos de abril de 1767, que contiene la pragmática sanción de su majestad mandando extrañar de todos sus dominios de España, Indias, Filipinas y demás islas adyacentes, a los regulares de la compañía, así sacerdotes como coadjutores o legos que hayan o hubiesen hecho la primera profesión y a los novicios que quisieran seguirlos, en tanto que por otro real decreto autorizaba al Presidente del Consejo Conde de Aranda para tomar las providencias correspondientes; el mismo día fue promulgada en España dicha pragmática; cuyo texto llegó a la capital de Guatemala y se publicó por bando en sus principales calles el veintinueve de junio del mismo año.

Además de la expulsión, manda el rey la ocupación de las temporalidades, incluyendo toda clase de bienes raíces y muebles o rentas eclesiásticas, asignando sólo una pensión vitalicia, de cien duros a los sacerdotes y noventa a los legos de la compañía, pagaderos de la masa general formada con los bienes de la misma; pensión suspendible en el caso de sancionar infracciones al decreto de extrañamiento o demostraciones de rebeldía y censura hechas de palabra o por escrito contra sus reales disposiciones, cuyos móviles se reserva la pragmática con autorización del consejo que también estimó "gravísimas las causas", relativas a la obligación en que se encontraba su majestad de "mantener en subordinación, tranquilidad y justicia a sus pueblos".

Sin lograr reponerse de su sorpresa, el presidente y los oidores de la Real Audiencia se aprestaron a cumplir lo ordenado, trasladándose en cuerpo al convento de los jesuitas, uniformado el presidente y vistiendo sus togas los oidores, asistidos por sus ministrales. Una escolta de dragones rodeó el edificio y otras se distribuyeron a puntos estratégicos de la ciudad, en previsión de algún motín ocasionado por los vecinos afectos a la Compañía, pues sin la ciega sumisión por entonces guardada al rey se habría visto serios disturbios en esta capital.

El capitán general don Pedro de Salazar y Herrera Watera y Mendoza, cumplió el penoso cometido de leer a los padres jesuitas el real mandato, suspendiéndose por orden del rector de la misión guatemalteca, José Antonio Zepeda, las ceremonias que en celebración del mes del Corazón de Jesús se hacían, iniciadas la mañana de ese día con algunas misas y especiales rezos. Los padres escucharon en silencio la pragmática y la cónicamente expresaron su disposición de obedecerla.

Los padres estuvieron incomunicados desde ese momento. Como todos, Landívar no tuvo oportunidad de ver por última vez a su madre, cuya enfermedad se había agravado. Dos días más tarde salían por Chinaula

hacia el Golfo, a donde llegaron el veinte del propio mes, y el 26 a Omoa. El doctor Zepeda y dos legos enfermos y de venerable ancianidad se quedaron algún tiempo, éstos para recuperar algo de salud antes de emprender el duro camino del exilio y aquél para hacer entrega de los bienes de la congregación, interviniendo para ello la influencia de sus parientes. Con Landívar, entonces en plena madurez, salieron de Guatemala los padres Manuel Alba, Joseph Vallejo, Manuel Muñoz, Juan Sacramoña, Joseph de Acosta, Francisco Javier Martínez, José Antonio Aguirre, Luis Sontoyo, Manuel Cantabrana y Antonio Pons.

Con el asentimiento del general de la Compañía, Lorenzo Ricci, el Papa negó a estos exilados el refugio que antes diera en sus Estados a los desterrados de Francia y Portugal, juego que tenía por objeto hacer resaltar la dureza del real mandato y quizá provocar su derogatoria, de todas maneras nocivo al prestigio de Carlos III. Unos se vieron precisados a desembarcar en Africa y otros permanecían largo tiempo en alta mar, en incómodas fragatas, tal vez a la vista del puerto que les ofrecía descanso. Casi todos se resintieron en su salud y hasta murieron algunos; sufriendo entre ellos Landívar tan amargas penalidades, hasta su llegada a Bolonia.

La expulsión dio motivo a muy adversos comentarios contra el monarca Borbón: "desde los tiempos de los Médicis, no se había visto un éxodo igual de sabios. Eran aquellos jesuitas doctos en letras clásicas, y que tanto en Roma como en Bolonia, en cuyos conventos hallaron amparo, se dieron a publicar obras que han quedado como modelos de sabiduría y de buen gusto". Además, sobre la piedad y simpatía que inspiraban aquellos desterrados, principalmente quienes como Landívar perdían a la vez el contacto con su país natal, profundamente heridos en sus sentimientos patrióticos y sus afecciones de familia, se tenía en cuenta las obras que las congregaciones religiosas habían desarrollado en América para regar el evangelio e implantar la cruz de Cristo. "La obra de los misioneros en América —que comenzaba, como decía alguno de ellos, por aprender LA TEOLOGÍA QUE SANTO TOMÁS NO CONOCIO, a saber: las lenguas indígenas; que acababa no pocas veces en el martirio, abandonados los pobres apóstoles en el seno de las tribus bárbaras, a donde sólo de modo intermitente llegaba el poder de España; que fue siempre tan benéfica para los naturales de América como verdadero baluarte contra la brutalidad del encomendero y del soldadón—; la obra de los misioneros de América no es hoy discutida por nadie. Entre ellos, los jesuitas representan un capítulo, que no siempre encontramos incorporado en las historias de conjunto sobre la materia. En la Nueva España, por ejemplo, producen los jesuitas un apogeo de los estudios humanísticos hacia el siglo XVIII, caracterizado en los nombres de Abad, Alegre y el guatemalteco Landívar". Y en el mismo sentido se produce Salas: "En los claustros se hablaba el latín culto, idioma en el cual, merced a los copistas, se conservaron los modelos clásicos científicos y literarios de Grecia y Roma, salvados del olvido por el catolicismo".

Estando en el destierro, tuvo Landívar la dolorosa noticia del fallecimiento de su madre, acaecido en 1771, en tristes circunstancias, pues su locura se agravó con la expatriación de su hijo y a dicha dolencia se agregaron graves ataques de reumatismo; dolores que sellarán para siempre en lo profundo el corazón del poeta, aunque él se empeña en mantenerlos ocultos para cantar las gratas reminiscencias de su ciudad y su país natales: "Confieso que debiera cubrirme el pecho con luctuoso peplo y verter amargas lágrimas; ya que mientras en las praderas brotan flores e irradia el fulgor de los astros, profundo dolor morará siempre en mi alma. Pero estoy obligado a esconder la pena, aunque el quebranto arranque suspiros al precavido corazón".

EN BOLONIA

La literatura española del siglo XVII consagró el ingenio de los italianos siempre que habló de ellos: "Italia, señora de la pluma", "La doctísima Italia, tan docta, que en todo género de doctrina a ninguna parte del mundo reconoce por superior y muchas veces la reconocen a ella", etcétera; pues bien, Landívar tuvo la suerte de llegar a Bolonia cuando esta ciudad aún era, con secular tradición intelectual, un activo centro científico, que irradiaba ideas, pueblo al que todavía encontraría Stendhal a principios del siglo XIX "original y fogoso, saturado de talento y vehemencia", ofreciendo a su modo de ver "el doble aspecto del grado de pasión y de la fertilidad imaginativa que hace falta para llegar a la perfección del espíritu".

Bolonia está apoyada sobre dos colinas que miran al Norte, y aunque cerca se extiende el espléndido valle de Lombardía y es dable encontrar en sus alrededores rientes boscajes como para lienzos de pintor, en general el aspecto de la ciudad es desierto y sombrío, cerradas sus calles por soportables a ambos lados, quizá menos elegantes que los de Módena, que sólo tiene de un lado y sin embargo, llenan su fin de resguardar a los transeuntes de las pesadas lluvias. Abundan los templos y los conventos, consiatiendo su mayor riqueza y decoro en obras de arte que merecen el celo casi infantil con que defienden el prestigio de dichos objetos sus habitantes; el más simple zapatero sabe anécdotas de la vida de sus artistas predilectos y asume responsabilidades por la escuela de Bolonia, pero se trata de una imitación del exterior de las clases superiores que monopolizan el talento.

Afirma Garnet que "el siglo XVIII fue para Italia un período de convalecencia", decaídas las bellas artes, con excepción de la música que llevaba a un prodigioso desarrollo influyó luego para levantar el drama lírico: tuvo sin embargo, nombres como los de Vico, Beccaria, Filangieri, Genovesi, Galiani y otros y "un soplo vigoroso recorría la nación, los hombres escribían y pensaban con relativa libertad", siendo Bolonia una de las ciudades que por ese tiempo cobijó grandes ingenios, como un retoño de la Arcadia.

Los sacerdotes tenían gran privanza, como que la ciencia, la literatura y las artes se habían desde antes refugiado en los conventos, contrastando la cultura de

las comunidades religiosas con la ignorancia del pueblo, al que faltaba el elemento primordial: idioma, pues el exclusivismo escolástico impuso el latín para los altos menesteres del intelecto y todos los renacentistas se echaron por el sesgo muelle de la glosa, en veces la simple copia, como si ya no fuera posible la creación y bastara la herencia del clasicismo griego y romano.

Aquí debía vivir Landívar los años que le restaban de vida, constantemente conmovido por el recuerdo de su patria nativa y aquí se reproducirían en su memoria, con vivacidad y pureza de colorido, los hechos y cosas que su talento observador fuera atesorando desde los primeros años de su juventud. ¿Por qué, en un país lejano, en una ciudad, iba a evocar las escenas campestres de su tierra? Sobre una sagaz conclusión de Rodenbach, quien piensa "que los escritores de origen provinciano sólo saben sentir y describir la provincia después de haber vivido en la capital", no hay duda de que influyó en el ánimo del poeta guatemalteco el amor, que olvida sus dolores para dar a su patria una ofrenda limpia de quejas: "Salve, cara parens, dulcis, Guatemala, salve", y su original numen fluye con la espontaneidad de las fuentes claras que él exaltara por una afinidad espiritual, o se alza con la majestuosa altura de los volcanes que rodean Antigua y guardarían sus retinas con una sensación de asombro y deslumbramiento.

Recurrirá a la lengua latina para decir tanta belleza, y la *Rusticatio Mexicana* impresa en Módena en 1781, corregida y aumentada en la segunda edición de Bolonia de 1782, será presentada por él como un regalo a su patria, testimonio de un sentimiento que ni los años, ni los azares de la vida podían borrar.

En tanto su vida trasscurría amargada por el exilio y empequeñecida por tribulaciones económicas, en un ambiente cada vez menos propicio, pues ya apuntaban en el mundo las ideas libertarias que eran precursoras manifestaciones del sentimiento que pugnaba por suietar en algo la pensión de 365 pesos anuales luego sólo de 300 —que se le enviaba por mediación del marqués de Aycinena; hasta que hubo de tomar la determinación de presentarse a reclamar su herencia, por entonces famélicamente disputada por cuantos se creían con derecho a hacer valer sus ambiciosas pretensiones, dando para ello poder a su prima hermana doña Petrona Abaurrea, y subsidiariamente a don Manuel Juarros y don Ignacio Muñoz, en el año de 1775. Los otros aspirantes al patrimonio del os Landívar, enredados en un ruidoso litigio que duró desde 1750 a 1827, reprocharon duramente a Rafael ese ejercicio de derechos que había renunciado en México al hacer su profesión menor de jesuita, aunque tal actitud era bien lícita, después de la disolución de la compañía.

Murió en Bolonia, el 27 de septiembre de 1793.

AMBIENTE

Durante toda la primera mitad del siglo XVIII, se conservó la herencia literaria del anterior, y fue con gran retardo respecto de la península que comenzó a sentirse la influencia de los escritores franceses del gru-

po de Luzán: la lírica se paga de efímeros éxitos del ingenio; el sentimiento es hasta de mal gusto y conviene disfrazarlo dentro de galas retóricas, con alambicados giros que corresponden al estilo de churriguera en la arquitectura; a cada paso se hallan resabios de culteranismo y pocos atinan con una nota capaz de hacer que se destaque su originalidad. Se cantaba a la antigua, lo mismo que en todos los aspectos de la vida colonial se conservaban rutinariamente tradicionales costumbres.

"La educación jesuítica marcó profundamente sus huellas en el alma de los colonos españoles, en los CRIOLLOS y los MESTIZOS que pasaron por las aulas universitarias, donde la metafísica sumergía el pensamiento en profundidades de penumbra azul, y la dialéctica era como una malla de razonadas sutilezas. La filosofía escolástica imperaba en toda su magnificencia. Aristóteles y Santo Tomás dividíanse el señorío espiritual. Platón andaba errante, fuera de las aulas, en la mente de algunos pensadores idealistas. A la mitad del siglo XVIII, los jesuitas, consumados latinistas y teólogos, habían influido poderosamente en las orientaciones mentales. Ellos disciplinaron y formaron hombres de la talla de don Francisco Xavier Clavijero, el autor de LOS TRES SIGLOS DE MEXICO, de don Miguel Mariano Iturrigara, el teólogo, de don Diego José Abad, el poeta de la celebrada obra latina HEROICA DEO CARMINA, de don Francisco Xaxier Alegre, autor latino del poemita épico ALEXANDRIADOS y de la égloga NYSUS, traductor latino de la BATRACOMIOMACHIA y de la ILIADA, de don Agustín de Castro, traductor de Safo, de Séneca el trágico, de Pedro, Horacio, Virgilio, Juvenal, y de Milton, Young, Gessner, autor de una historia de la literatura mexicana y de varios poemas castellanos". Puede agregarse el elegíaco Juan Carnero, un gran emotivo; el comediógrafo don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, EL INDIA-NO, que figuró en la corte de España, de estilo sobrio y neto; Juana de Asbaje, más conocida por Sor Juana Inés de la Cruz y por LA DECIMA MUSA, que nutrió su alma de sensibilidad a la vista del Itztlaxihuatl y el Popocatepetl; Zapata y Reina y otros más.

Entre ellos, sin desmerecer en altura mental, vasta ilustración clásica e inspirado estro, se alza con original relieve la figura literaria de nuestro Landívar, quien recuerda nombres tan ilustres al cantar los lagos de México, entremezclándolos con otras graías reminiscencias de América, al calor de la amistad y la admiración: "Entonces, cautivados por la secreta dulzura del húmedo campo, los poetas llenan a veces de armonía las orillas. Aquí el piadoso Carnero, en celestial amor inflamado, llora en versos elegíacos las terribles heridas de Cristo, los escarnios, muerte y la afrenta de la cruz. Allí el ilustre Abad, ardiendo en sagrado estro, cantó en verso al señor sublimes lores. Retumbaron también con formidable canto estas orillas cuando Alegre conocedor del apolíneo arte, cantó las hazañas del héroe hijo de Peleo y las crueles guerras. Y aún grabaron sus nombres en los árboles ribereños Zapata y Reina y el ponderado comediógrafo Alarcón, cuando con el suave plectro sus tristes pesadumbres aliviaban. Con todo, luego que Juana deja oír sus canoras melodías, detiénese la corriente de las aguas y las aves, inte-

rumpiendo de pronto el vuelo, suspendidas en el aire, enmudecen por largo tiempo y parecen conmovirse los peñascos con los dulcísimos conceptos".

LA RUSTICATIO

La Rusticatio Mexicana se componé de quince libros o cantos, más un apéndice sobre la Cruz de Tepic y un anexo antepuesto a la obra para explicar algunas de las voces usadas, su significado, o los caracteres de animales y plantas o costumbres que se mencionan con espontánea ilustración al correr del verso; otras notas van diseminadas en las 209 páginas. Landívar canta la maravillosa naturaleza americana, sus admirables paisajes, su flora y su fauna, las costumbres de sus pobladores, la vida del campo, la agricultura y las industrias nativas. En él se confunden la vocación poética con las aficiones del naturalista; detalla por eso con la "elegante abundancia" de Virgilio, y puede atribuírsele el juicio de Macrobio sobre el preclaro hijo de Mantua: "Landívar, que nunca yerra en materia de ciencia". Tiene unos ojos glotones, que paladean el aspecto de las cosas y el simple recuerdo le permite revivir intensamente esa sensación de GUSTO de lo bello; describe así con delectado detenimiento y levanta a la dignidad del verso las cosas, los hechos, las visiones más insignificantes y humildes, lo mismo cuando su numen escala altas montañas, se baña en los lagos y los ríos, salta en las cascadas y comulga con el alma nemberosa de los bosques; que cuando asiste inteligentemente a las ocupaciones de la agricultura y la industria, preside la existencia de los animales domésticos o va a caza de ingenuas sensaciones tras los seres selváticos, bajo la advocación clásica de Diana.

Nadie más autorizado para consagrar a Rafael Landívar que ese gran genio de la crítica literaria, Menéndez y Pelayo, de quien se ha dicho con justicia: "Aún más grande, más intensa, parece la influencia del maestro en el pensamiento y en la obra literaria de la América española. Reveló a los mismos americanos, escritores y producciones poco conocidos o descuidados, señaló méritos y bellezas, fijó caracteres que no serían mejor determinados por otros, porque el maestro tenía el don supremo de ver hasta lo más recóndito, de seguir el pensamiento y la trascendencia de las ideas hasta las consecuencias más altas y lejanas, de presentar, con sus rasgos distintivos, con su propia vida en el ambiente en que deben estar, las figuras estudiadas o evocadas".

JUICIO DE MENENDEZ Y PELAYO

LA ANTOLOGIA DE POETAS HISPANOAMERICANOS apareció de 1893 a 1895, estando dedicado su primer volumen a los valores literarios de México, y la América Central. Conforme a las ideas por él expresadas, en el prólogo de su antología de poetas líricos castellanos, Menéndez y Pelayo recoge una serie de "modelos de gusto y textos amenos", agregando introducciones y notas que por su acierto dejaron señalado el camino a todos los estudiosos de la materia, con juicios que siguen siendo hasta la fecha pun-

to de partida de posteriores luucubraciones, antecedente casi obligado de nuestras consagraciones literarias. Y así como Adrián Recinos pagó tributo a la memoria del erudito montañés que, según Azorín, “echara las bases de toda una reconstrucción literaria”, al reeditar en 1925 la obra de Batres Montúfar, nosotros estamos obligados a reiterarle la gratitud de Guatemala al estudiar la figura de Landívar. He aquí su juicio que nos fue legado como un título de nobleza para las letras patrias:

“Si es cierto como lo es sin duda, que en materias literarias, importa la calidad de los productos mucho más que el número, con Landívar y con José Batres tiene bastante Guatemala para levantar muy alta la frente entre las regiones americanas: El P. Landívar, autor de la *RUSTICATIO MEXICANA*, es uno de los más excelentes poetas que en la latinidad moderna puede encontrarse. Si desenchando preocupaciones vulgares, damos su debido aprecio a un arte, no ciertamente espontáneo ni popular, pero que puede en ocasiones nacer de una inspiración realmente poética; si admitimos, como no puede menos de admitir quien haya leído a Poliziano, a Fracastorio y a Pontano, que cabe muy fresca y juvenil poesía en palabras de una lengua muerta; si tenemos además en cuenta el mérito insigne aunque secundario de la dificultad vencida, y los sabios primores de una técnica ingeniosa, no tendremos reparo alguno en reconocer asombrosas condiciones de poeta descriptivo, al P. Landívar, a quien en mi concepto sólo faltó haber escrito en lengua vulgar, para arrebatar la palma en este género a todos los poetas americanos sin excluir acaso al cantor de *LA AGRICULTURA EN LA ZONA TORRIDA*.

“Al género de poesía neolatina de verdad pertenece la *Rusticatio* del P. Landívar, que es entre los innumerables versificadores elegantes que la Compañía de Jesús ha producido, uno de los rarísimos a quienes en buena ley no puede negarse el lauro de poeta.

“Ni siquiera en Rapin y Vaniere descubrimos inspiración tan genial y tan nueva, riqueza tan grande de fantasía descriptiva y una tal variedad de formas y recursos poéticos como la que encontramos en el amenísimo poema de P. Landívar.

“La musa del P. Landívar es la de las *GEORGICAS*, remozada y transferida a la naturaleza americana. Pero aunque Virgilio sea su modelo y una gran parte del libro merezca el nombre de geórgicas americanas, no se ha de creer que la *Rusticatio* sea un poema de materia puramente agrícola, como los cuatro divinos libros de Virgilio. La *Rusticatio*, que está dividida en 15 libros con un apéndice, abarca mucho más, y es una total pintura de la naturaleza y de la vida del campo en la América Septentrional; vasto y riquísimo conjunto de rarezas físicas y de costumbres insólitas en Europa.

“La novedad de la materia, por una parte, contrastando con lo clásico de la forma y obligando al autor a mil ingeniosos rodeos y artificios de dicción para declarar cosas tan extraordinarias, y por otra parte el sincero y ferviente amor con que el poeta vuelve

los ojos a la patria ausente y se consuela con reproducir minuciosamente todos los detalles de aquella Arcadia para él perdida, empeñan poderosamente la atención de quien comienza a leer la *Rusticatio*, desde la sentida dedicatoria a la ciudad de Guatemala, y luego creciendo el interés y la originalidad de canto en canto, van apareciendo a nuestros ojos, como en vistoso y mágico panorama, los lagos de México, el volcán de Xorullo, las cataratas de Guatemala, los alegres campos de Oaxaca, la labor y beneficio de la grana, de la púrpura y del añil, las costumbres y habitaciones de los pastores, las minas de oro y de plata, y los procedimientos de la metalurgia, el cultivo de la caña de azúcar, la cría de los ganados y el aprovechamiento de las lanas, los ejercicios ecuestres, gimnásticos y venatorios; las fuentes termales y saluíficas; las aves y las fieras; los juegos populares y las corridas de toros...”

Con su certero ojo de selección y su prodigiosa fuerza de síntesis, Menéndez y Pelayo ha condensado así todos los elementos de una crítica, siendo un reproche a nuestra ingratitud e incultura que, corrido casi medio siglo, aun no hayamos elaborado datos que se nos suministraron por aquella doctay enamorada sensibilidad.

CLASICO Y LATINISTA

Landívar escribió en el idioma del Lacio porque así se lo imponía el ambiente, “por el exclusivismo escolástico a favor de la lengua latina”, que dice Piferrer; pero estuvo muy lejos de ser un simple glossador y mucho menos un estéril copista. El insigne erudito español, que habría señalado un plagio en los giros y cualquier imitación servil en los conceptos, exalta más bien la hazaña de reanimar la lengua muerta con la robusta vitalidad de obra tan original y nueva, y elogia esa riqueza de atrevidos e ingeniosos recursos para expresar cuestiones del todo vírgenes; el propio Landívar advierte su temor de ser en algunas partes oscuro, precisamente por esa circunstancia, deja testimonio de los esfuerzos hechos para vencer tal dificultad y ampara su inquietud en el antecedente de Marsigliano: “Oh, cuán difícil es hallar vocablos y agregar cadencias en temas totalmente nuevos. Me faltarán muchas voces —desde ahora lo presiento—; muchas veces habrá desacuerdo entre cadencias y vocablos”.

Urbina cree que la lengua es un nexo inquebrantable, que con ella se vinculan íntimos modos de sentir y de pensar, de ser, en una palabra; concluyendo que quien habla español debe tener consecuentemente una sensibilidad y un pensamiento españoles. En igual sentido se expresa Calixto Oyuela: “¿Puede aceptarse una lengua, rechazando a la vez de todo en todo, el modo de imaginar y de sentir y de expresar que de consuno la engendraron, amamantaron y desarrollaron hasta el altísimo grado de perfección en que se encuentra? La lengua no es un ropaje exterior, susceptible de sacarse, ponerse y cambiarse a voluntad, sino la expansión inmediata que lleva embebida esencialmente el alma del pueblo que la posee”. Pe-

ro el mismo Urbina opone a la imitación alteraciones fisiológicas y psicológicas determinadas por la raza, el medio físico y el ambiente social, lo que permite la elaboración de formas nuevas: alteraciones que en lo individual concurren con la herencia para caracterizar un temperamento. He aquí la clave para explicarse la genial originalidad de Landívar, que no sólo trata temas nuevos sino aparece dotado de una peculiar sensibilidad para captar y expresar el ambiente americano, no obstante hacerlo en la lengua de Augusto y pesar sobre su intelecto, plena de sus gestiones, la tradición de la cultura clásica latina. Porque —se pregunta Azorín— “¿Cuál es la línea que separa la forma del fondo? ¿Dónde está la vida: en el fondo o en la forma? Le responde la obra de Landívar, en donde la inspiración corre fecunda y fresca por el cauce puro de la forma, pero cuando éste resulta menguado para su caudal lo rebasa aquélla con arranques de sentimiento que de manera espontánea se explayan y marcan su límite; cuando la rutina opone pétreas resistencias o las modas consagradas alzan diques restrictivos, la valentía de su temperamento talla en la roca o salta con independencia de su alvéolo en la maravilla natural de una cascada. La lengua latina renace en vigor; las palabras se hacen maleables para seguir fielmente las intenciones del poeta en giros nuevos y en veces hasta llegan a la infantilidad del balbuceo queriendo interpretar el pensamiento de un continente, en el orto de una modalidad literaria bien definida.

ORIGINAL Y AMERICANO

También oponemos la obra de Landívar como excepción al criterio demasiado lato de Cantú, a saber: “Ya habían florecido en estos países, antes de su independencia: Navarrete, Castellanos, Piedrahita y Sánchez de Togle; pero si se exceptúan los dramaturgos Alarcón y Gorostiza, los otros son escritores de reminiscencias más bien que de ingenio, como había derecho de esperar que lo fuesen, atendidas las aspiraciones que hace nacer aquella encantadora naturaleza. ¡Cuánta originalidad se podría sacar, así del país, como de sus hombres, y de sus incrementos! En la expresión de tales elementos estriba precisamente la originalidad de nuestro poeta.

Ese valor intrínseco de novedad en el poema de Landívar llamó la atención de Menéndez y Pelayo, en contraposición a lo que hallaba en la península: “El sentimiento de la naturaleza nunca ha sido muy poderoso en España, ni tal que por sí sólo bastara a dar vida a un nuevo género especial de poesía. El paisaje de nuestros bucólicos es convencional, en los autores de poemas caballerescos y quimérico y arbitrario. Sólo por lujo, y gallardía de estilo se hacían alguna vez largas enumeraciones de plantas, frutos, aves y peces, caracterizándolos con epítetos pintorescos”. A la misma conclusión llegaba el prologuista de *Azul y Prosas Profanas*, en 1899, criticando la obstinación de alardear de una opulencia que vive intelectualmente de prestado, “quedan, es cierto, nuestra naturaleza soberbia, y las originalidades que se refugian, progresiva-

mente estrechadas, en la vida de los campos. Fuera de esos dos motivos de inspiración, los poetas que quieran expresar, en forma universalmente inteligible para las almas superiores, modos de pensar enteramente cultos y humanos, deben renunciar a un verdadero sello de americanismo original”. En fin, refiriéndose expresamente a Landívar, el dominicano Henríquez Ureña va muy lejos, hasta declarar que “el pasado precolombino, no obstante su singular riqueza, nunca ha interesado gran cosa sino a los historiadores y arqueólogos: sólo ha inspirado una obra literaria de verdadera importancia, la admirable *Rusticatio Mexicana*, del padre Landívar, guatemalteco del siglo XVIII”.

Landívar tiene, como Virgilio, preferencia por los amenos prados, que su musa salpica de suaves epítetos; por la HERMANA AGUA, que habla con voz de égloga en los manantiales y alcanza tonos épicos en las torrenteras; por las laderas de suave declive; por las montañas, que al decir de Tagore son “desesperados, arrugados gestos que hace la tierra para acercarse al cielo”; los boscajes umbríos y la paz silente y soleada de los valles; otra afinidad, común a todos los clásicos, se manifiesta en la evocación de las figuras mitológicas, que pueblan el alma de la naturaleza con reminiscencias panteístas; pero no coinciden en todo, ni siquiera hasta el extremo a que se ha venido trayendo la comparación. Landívar es Landívar, aunque por su categoría pueda decirse el Virgilio americano.

¿Cuál es el secreto que da a sus estampas campesinas, a sus evocaciones de la naturaleza, a sus descripciones detallistas, tal fuerza de colorido y tan intensa vitalidad? Es que llega por el sentimiento a la esencia misma de las cosas, y sus palabras hieren energicamente nuestra imaginación porque son el vehículo de un pensamiento que se ha identificado por entero con los temas expresados; no es el pintor que copia trasladando directamente de la naturaleza no es el pintor que copia trasladando directamente de la naturaleza al lienzo, sino el contemplativo que se fue saturando de ambiente y reconstruye con posterioridad, con todos los elementos a la mano para lograr una fiel convergencia de los efectos, una armonía que se entrega espontáneamente a las solicitudes de un intento estético.

“No existe más regla fundamental para juzgar a los clásicos que la de examinar si están de acuerdo con nuestra manera de ver y de sentir la realidad; en el grado en que lo estén o no lo estén, en ese mismo grado estarán vivos o muertos”. Landívar vive ante tal exigencia, porque es fácil e irresistible el identificarse con su obra ante la contemplación de nuestra naturaleza. En fin, cautiva ese sutil elemento agregado, la insustituible NUANCE de los franceses, que vale en la *Rusticatio* como una biografía moral e íntima del individuo que se define hasta sin quererlo, por sus más sencillas predilecciones. En el fondo de la forma latina, enredándose al ritmo clásico y al parecer simplemente descriptivo de sus versos, se siente, se adivina, esa gran melancolía que es como una enfermedad de los espíritus selectos.